CAPITULO XXIX.

Gaspar.

La historia del Papado es una historia de brigantes: desde que ha existido aquel, su gobierno débil é inmoral ha prestado su apoyo á esas cuadrillas de malhechores para tener á Italia en un estado de contínua agitacion, y aun en la actualidad se vale de esa gente para sus fines particulares, mientras que los hombres honrados se ven en la dura precision de huir á los bosques.

El que haya estado en Civita Vecchia en 1849, habrá oido hablar seguramente de un tal Gaspar, famoso jefe de una cuadrilla de bandidos, y amigo íntimo del cardenal A...; pero de todos modos, diré aquí de paso que muchas personas visitaron dicha ciudad solo con el objeto de ver á ese hombre estraordinario.

A la cabeza de su banda, Gaspar habia desafiado durante mucho tiempo á las fuerzas del gobierno Pontificio, y sostenido numerosos combates contra los gendarmes y tropas regulares, á quienes por lo general derrotaba siempre.

No pudiendo apoderarse del brigante por la fuerza de las ar-

mas, el gobierno apeló á una estratagema: segun ya he dicho, Gaspar era amigo de un Cardenal muy poderoso en la córte del Papa, y como ambos eran naturales de S..., donde residian todos sus amigos, se trató de utilizar los servicios de estos, como mediadores para ponerse en inteligencia con el brigante y ofrecerle una buena recompensa si se retiraba.

Confiando Gaspar en las promesas que le hacia el gobierno por conducto de sus paisanos, desbandó á su gente; pero apenas estuvo solo, fué víctima de una traicion, y habiéndole cogido, le condujeron cargado de cadenas á la prision de Civita Vecchia, en cuyo punto se hallaba durante el período republicano de 1849 (1).

(1) Muchos de nuestros lectores no tienen un conocimiento exacto de las causas que motivaron el sitio de Roma en 1849, y para comprenderlas, debemos fijarnos por un momento en la historia de Francia. La revolucion de 1848, que destronó á Luis Felipe y á la casa de Orleans, estableciendo un gobierno republicano, fué la señal para que estallase una revolucion general en toda Europa. El quinto artículo de la nueva Constitucion francesa decia así: «La república respeta las nacionalidades estrangeras; no quiere perjudicar á nadie; no intentará cosa alguna que tenga por objeto una conquista, ni empleará tampoco sus armas contra la libertad de ningun pueblo.» Y reconocida aquella, el príncipe Luis Napoleon fué elegido miembro de las Cámaras. Se habia batido en defensa de la libertad italiana en el año 1831; tomó una parte muy activa en la campaña, y auxiliado por el general Sercognani derrotó á las fuerzas del Papa en diversos puntos. Sus victorias no le sirvieron de mucho, pues poco despues se le retiró el mando, y se le desterró de Italia; pero perseguido por los soldados austríacos, solo pudo escaparse merced á un disfraz (1). Cuando el príncipe desembarcó en Francia, procedente de Inglaterra, donde habia residido algunos años, hizo fijar en las esquinas de Bolonia una proclama de la cual estractamos el siguiente párrafo:

«He venido á responder al llamamiento que habeis hecho á mi patriotismo: la mision que me confiais es gloriosa, y yo sabré cómo llevarla á cabo: rebosando gratitud por el afecto que me manifestais, vengo á ofreceros mi vida y mi alma.

»Hermanos y ciudadanos: no es un pretendiente el que se presenta á vosotros; no he formado proyecto alguno en mi destierro: un pretendiente es una calamidad, y yo nunca seré desagradecido; jamás me convertiré en un malhechor. En mí podeis ver un ardiente reformista democrático, y yo os prometo desde luego solemnemente:

»Que seré, como siempre he sido, el hijo de Francia.

(1) Véanse las *Vicisitudes de las familias*, por Sir Bernardo Burke, págs. 294-95, y tambien la *Auto-biografía de un italiano rebelde*, por Riccarde, pág. 5.

El príncipe T..., hermano de Irene, que habia obtenido cierto informes de algunos pastores, los cuales le dijeron que en un antiguo castillo que habia en un bosque habitaba una jóven muy

»Que todos los franceses serán mis hermanos.

»Que los derechos de cada cual serán los mios propios.

»Que mi único objeto será defender la república democrática.

»Nunca trataré de vestir la púrpura imperial.

»Quisiera que mi corazon dejara de latir en mi pecho el dia que olvidase lo que os debo á vosotros y lo que debo á Francia.

»Quisiera que mis labios permaneciesen para siempre cerrados si alguna vez pronunciase una palabra contra la soberanía republicana del pueblo francés.

»Caiga sobre mí la maldicion del pueblo el dia en que permita propagar con mi nombre doctrinas contrarias á los principios democráticos que debe observar el gobierno de la república.

»Sea condenado á la picota el dia en que, como criminal y traidor, me atreva, con mano sacrílega, á despojar al pueblo de sus derechos, bien sea de una manera fraudulenta, con su consentimiento ó por medio de la violencia.»

Véase el *Correo de la Sarthe*, donde se reproduce este documento.

En 2 de Diciembre de 1848, dirigió la siguiente carta al director del *Constitucional*.

«Muy señor mio: habiendo sabido que se ha estrañado que no votase en favor de la espedicion de Civita Vecchia, creo de mi deber manifestaros, que aunque resuelto á prestar mi apoyo á todas las disposiciones que tengan por objeto asegurar la libertad y autoridad del Sumo Pontífice, no he podido aprobar con mi voto una demostracion militar que me parecia peligrosa hasta para los mismos sagrados intereses que se quieren proteger, y que en mi concepto, compromete en cierto modo la paz europea.»

(*Firmado*).—L. N. Bonaparte.

Debe tenerse en cuenta tambien que el Emperador Napoleon, su tio, habia dado á su hijo mayor el trono de Roma despues de haber detenido al Papa en Francia en clase de prisionero, y así es que cuando el príncipe Luís Napoleon fué elegido Presidente de la República francesa, se creyó en general que apoyaria el establecimiento de una república hermana en los estados de Roma, tanto mas, cuanto que la Asamblea Constituyente, elegida por el sufragio universal, proclamó por 143 votos contra 5 la abolicion perpétua del gobierno temporal del Papa.

El dia 18 de Abril de 1849, la Asamblea Constituyente Romana acordó que se dirigiese un manifiesto á los gobiernos y parlamentos de Inglaterra y Francia, y en este documento se decia: «Que el pueblo romano tenia derecho á elegir la forma de gobierno que le pareciese mas conveniente; que habia sancionado la independencia y libre ejercicio de la autoridad espiritual del Papa, y que era de esperar que las dos grandes potencias no prestarian su apoyo para restablecer un gobierno, contrario por

hermosa, sospechó por las señas que le dieron que aquella era su hermana, y habiendo tomado consejo del cardenal A... resolvió apoderarse de ella á toda costa.

su naturaleza á la libertad y á la civilizacion, y moralmente destituido de toda autoridad desde muchos años antes.»

Apesar de esto, el gobierno francés envió á Civita Vecchia un ejército, que desembarcó el 27 de Abril de 1849. El general Oudinot declaró desde luego que enarbolaba la bandera de paz, de órden y de libertad, é invitó al pueblo romano para que cooperase á llevar á cabo tan sagrada mision, manifestando asímismo que los franceses no iban á defender al gobierno pontificio, sino á evitar grandes males al país. El general añadió luego que Francia no se arrogaba el derecho de intervenir en los intereses del pueblo romano ni se atreveria á ello tampoco. El prefecto de la provincia contestó en estos términos: «Mucho se puede hacer con la fuerza en este mundo, mas no debo creer que la Francia republicana empleará sus tropas para combatir los derechos de una república establecida bajo los mismos auspicios que la suya. Estoy convencido de que cuando averigueis la verdad, no os quedará la menor duda de que en nuestro país, la república está apoyada por la inmensa mayoría del pueblo.»

El gobierno romano, que era un Triunvirato compuesto de Mazzini, de Armellini y de Aurelio Saffi, resolvió rechazar la fuerza con la fuerza, y la Asamblea no vaciló en dar su consentimiento. Precisamente acababa de llegar el general Garibaldi y se le confió la defensa de la ciudad de Roma, con gran aplauso del pueblo, que se entusiasmó solo al verle, de tal modo que parecia que ya contaba como segura la victoria.

Garibaldi defendió durante tres meses la bandera nacional contra las fuerzas de Francia, Austria, Nápoles y España; las tropas francesas fueron atacadas dos veces á la bayoneta, y rechazadas á gran distancia de las murallas, por mas que se dijera luego que al practicar un reconocimiento habian caido en una emboscada. Esto no es verdad: el general francés habia trazado ya el plan de la batalla, y la prueba se encontró al examinar los documentos de un oficial muerto en el conflicto. Despues de esta victoria fué cuando Garibaldi, conociendo todas las ventajas de su posicion, escribió al Ministro de la guerra, Avizzana, diciéndole lo siguiente: «Enviadme tropas de refresco, y así como os he prometido batir á los franceses y he cumplido mi palabra, os aseguro ahora que impediré que vuelvan á embarcarse. Mazzini, que fundaba todas sus esperanzas en el partido democrático francés, del cual era jefe Ledru-Rollin, interpuso entonces su autoridad, se negó á enviar las fuerzas de refresco que se pedian, y previno á Garibaldi tuviese en cuenta que Francia seria en lo sucesivo un enemigo mortal, si se derrotaba completamente á sus tropas.

El lúnes, 7 de Mayo, se suscitó en la Asamblea nacional francesa un acalorado debate respecto á la espedicion á Roma, y M. Julio Favre tomó la palabra para combatir la medida, demostrando que se habia procedido contrariamente á lo indicado por los ministros, los cuales aseguraron que el único objeto era impedir la intervencion es-

Aunque apoyado por el gobierno y autorizado debidamente para hacer uso del regimiento que mandaba, el príncipe que no conocia bien las guaridas del bosque, desconfiaba del éxito de la

tranjera en Roma. M. Favre declaró tambien, presentando en apoyo de su aserto varias cartas particulares, que las tropas habian asaltado la ciudad cinco veces consecutivas sin alcanzar la menor ventaja, resultando en el combate 150 muertos y 600 heridos, y terminó su discurso pidiendo que se nombrara un comité para que emitiera su parecer en aquella cuestion. M. Barrot, Presidente del Consejo, contestó que el objeto de la espedicion era realmente impedir que otra potencia interviniese en los asuntos de Roma, que el general Oudinot no habia obrado contrariamente á sus instrucciones, y que siendo inconstitucional el nombramiento de un Comité, pedia á la Asamblea que desechase la proposicion.

M. Flocon anunció que en Roma se habian levantado barricadas y que los franceses residentes en la ciudad se habian mostrado dispuestos á tomar las armas en favor del pueblo. Despues de un ligero debate, los diputados se retiraron para nombrar el Comité.

La sesion volvió á comenzarse á las nueve de la noche, y desde luego se pasó á la lectura del informe del Comité, en el cual se manifestaba, que como el objeto de la Asamblea se reducia á que la espedicion enviada á Civita Vecchia permaneciese en dicho punto, á menos que las tropas de Austria se dirigieran hácia Roma, ú ocurriera alguna novedad, consideraba el Comité que se habia hecho mas de lo que se debia, y que por lo tanto la Asamblea nacional estaba en el caso de pedir al gobierno adoptase medidas para que la espedicion á Italia se conservase dentro de los límites que le estaban marcados. Mr. Drouyn de Lhuys tomó la palabra en nombre del gobierno y dijo qne no podia consentir que las tropas volviesen á Civita Vecchia porque los últimos acontecimientos de Roma hacian necesaria su presencia en la ciudad, y que él apoyaria al general en jefe de las fuerzas con tanta mas razon cuanto que aun se ignoraban los detalles de los últimos sucesos. M. Lenard acusó al ministro de enemigo de la república romana, y despues de proponerse y desecharse varias enmiendas, se aprobó al fin el acuerdo del Comité por una mayoría de 328 votos contra 241, quedando por lo tanto vencidos los ministros. Este resultado se recibió con unánimes aclamaciones entre las que se oian los gritos de *¡viva la república!* y se dió por terminada la sesion á la una y cuarto de la madrugada.

Apesar del voto de la Asamblea nacional francesa, el príncipe Luís Napoleon, Presidente de la república, dirigió al general Oudinot una carta en la que le decia:

«Yo esperaba que los habitantes de Roma recibirian con entusiasmo á un ejército que fué allí para llevar á cabo una mision tan amistosa como desinteresada, pero veo que ha sucedido todo lo contrario, y habiéndose considerado á nuestros soldados como enemigos, nuestro honor militar está comprometido en esta cuestion. No consentiré que se atente contra él, y por lo tanto recibireis oportunamente refuerzos.»

espedicion, y á fin de no dar un golpe en vago solicitó del cardenal que se le permitiera llevar á Gaspar como guia.

—Es buena idea, contestó el prelado; Gaspar conoce el terreno

El enviado del gobierno de Roma, residente en Paris, dirigió la siguiente carta en nombre del pueblo romano á sus hermanos de Francia: «Ha ocurrido un sangriento combate entre los habitantes de Roma y los hijos de este pais, que obedeciendo rigurosas órdenes, atacaron nuestras casas; el honor militar les obligaba á obedecer á sus jefes y un sentimiento de patriotismo nos imponia el deber de acudir á la defensa de nuestras libertades y de nuestro país. ¡Se ha salvado el honor pero á costa de mucha sangre! La terrible responsabilidad no debe caer sobre nosotros, que estamos unidos por los lazos de la caridad, pero pidamos el perdon de los culpables, pues harto castigo será para ellos el remordimiento. Salud y fraternidad.—L. Tarpolei, Coronel, enviado estraordinario de la república romana en Paris.»

En la siguiente sesion de la Asamblea nacional francesa, Mr. Grevy pidió esplicaciones acerca de la carta que el Presidente habia dirigido al general Oudinot, y M. Odillon Barrot le contestó que aunque no se trataba de un acto del gabinete, él y sus colegas aceptaban toda la responsabilidad. M. Odillon declaró además que el único objeto de la citada carta era espresar al ejército la simpatía del Presidente, y que de ningun modo se habia tratado con ella de inaugurar una política contraria á la de la Asamblea.

Aun cuando M. Odillon Barrot habia declarado en plena sesion que la carta del Presidente no era oficial, el general Changarnier la hizo insertar en la órden del dia de todos los regimientos que estaban al servicio de Francia. El dia 9 de mayo, M. Ledru-Rollin declaró que la carta del Presidente de la república al general Oudinot, era un reto insolente de la Asamblea nacional y una violacion palpable de la Constitucion.

El corresponsal del *Morning Chronicle* en Paris, que veia cuán borrascosas eran las sesiones de la Asamblea francesa, escribió poco despues una carta en la que decia: «Hace tres dias que están entrando en Paris numerosas tropas, y la guarnicion de la capital se compone ahora de cien mil hombres.»

Volvamos ahora á Roma, y al dia en que sus defensores alcanzaron la primera victoria sobre los franceses. Fácilmente se comprenderá cuanto seria el entusiasmo de las tropas de Garibaldi durante el dia y la noche que siguieron á este primer combate; la ciudad apareció iluminada, presentando el aspecto de una gran fiesta nacional; oíanse alegres canciones mientras las bandas de música recorrian todas las calles, y al otro dia 1.° de Mayo, Garibaldi recibió del ministro de la guerra el permiso para atacar á los franceses con sus intrépidas tropas. El general tomó una magnífica posicion en una eminencia, dominando por su flanco al ejército francés, pero en el momento en que los italianos se disponian á lanzarse al ataque, llegó un oficial de enemigo como parlamentario, pidiendo en nombre del general Oudinot un armisticio

del bosque mejor que nosotros las calles de Roma, tiene el olfato muy fino, y podria deciros aunque fuese á media noche en que punto del bosque se halla. Ciertamente que es algo viejo, pero no le falta valor para una empresa arriesgada.

y la seguridad de que el pueblo de Roma aceptaba el gobierno republicano y estaba resuelto á defender sus derechos. Como una prueba de sus buenas intenciones, el general francés ofrecia entregar al capellan favorito de Garibaldi, Ugo Bassi, que habiendo rehusado el dia antes abandonar á un moribundo, fué hecho prisionero por el enemigo.

El ministro de la guerra en Roma, ordenó entonces al general Garibaldi que volviese á la ciudad, lo cual hizo, acompañado del oficial francés; el Triunvirato concedió inmediatamente el armisticio pedido por el general Oudinot, y dispuso que se pusieran en libertad, sin condiciones, 500 franceses prisioneros de guerra. En una carta escrita poco despues por el general Garibaldi, en la que elogiaba la bravura de sus tropas, se leia en un párrafo lo que sigue: «En nuestro poder han quedado muchas armas y varios efectos de campaña; antes de morir los heridos franceses, manifestaron su sentimiento por haberse batido contra sus hermanos republicanos.»

El rey de Nápoles se dirigia por entonces contra Roma á la cabeza de su ejército, y habiendo sabido esto Garibaldi, que ya no tenia nada que hacer, pidió permiso para atacar á los nuevos enemigos. Otorgado que fué, el general abandonó la ciudad el dia 4 de Mayo á la cabeza de su legion compuesta de 2.500 hombres.

El dia 6 de Mayo, el general Garibaldi ganó la batalla de Palestrina, derrotando completamente á los napolitanos, en número de 7.000 y apoderándose de su artillería. Poco despues, no obstante, el Embajador de la república francesa, Fernando de Lesseps, entró en Roma con Miguel Accrusi, enviado de la república de Roma en Paris, y por medio de los buenos oficios del embajador francés, se firmó el armisticio contra el cual se habia opuesto el general Garibaldi. El gobierno de Roma resolvió aprovecharse de esta tregua para librarse del ejército napolitano. Al mismo tiempo, Mazzini concedió primero al coronel Roselli el grado de general, y despues le nombró general en jefe de las fuerzas. Los amigos de Garibaldi le instaron para que no aceptase un grado secundario, poniéndose á las órdenes de un hombre que el dia antes era su inferior, pero el general no hizo aprecio de estas consideraciones personales, mirando solo por el bien de su país, y por lo tanto aceptó, hasta con agradecimiento, el cargo de general de division.

El 16 de mayo, todo el ejército de la república, compuesto de 10.000 hombres y 12 piezas de artillería, salió de la ciudad de Roma por la puerta de San Giovanni, habiéndose dispuesto luego que el general Garibaldi se adelantara á las demás tropas, pues acababa de recibirse la noticia de que el ejército napolitano se hallaba acampado en Velletri y que sus fuerzas constaban de 19 á 20.000 hombres con 30 piezas de artillería.

El ejército del rey de Nápoles fué derrotado otra vez, solo por la division de Gari-

Cuando Gaspar supo que se le iba á conducir á Roma, dióse por perdido y se le oyó murmurar:

—Mejor seria morir de una vez porque estoy cansado de esta

baldi, y éste envió á primera hora del dia un parte al general en jefe, pidiéndole refuerzos, pero recibió por contestacion que no era posible enviarle tropas porque no habian comido aun. Garibaldi resolvió entonces hacer lo que pudiera con la gente que tenia á sus órdenes, y de nuevo la victoria coronó sus esfuerzos, con tan buen éxito, que á eso de la media noche tomaban sus tropas posesion de Velletri.

Al amanecer dispuso el general que se persiguiera á los napolitanos, mas no tardó en recibir una órden previniéndole volviese á Roma, en cuya ciudad entró el dia 24 de mayo, saludado por las entusiastas aclamaciones y los gritos de alegría de la multitud. La incapacidad del general Roselli es ahora un hecho reconocido por todos, y sin embargo, en aquellos dias, fué protegido por el gobierno.

Entre tanto, el general Oudinot, habia recibido los refuerzos que necesitaba, y desde aquel momento se negó á reconocer el tratado convenido entre el gobierno romano y el enviado estraordinario del Presidente de la república francesa. Ante semejante conducta, era de suponer que no debia pensarse en una alianza con Francia, mas como nadie sabia fijamente á que atenerse, no se puso obstáculo á que el general Roselli dirigiese al jefe francés una carta de la que estractamos el siguiente párrafo:

«Al ciudadano general Oudinot, duque de Reggio.

«Estoy plenamente convencido de que el ejército de la república romana luchará algun dia al lado del ejército de la república francesa para defender los mas sagrados derechos de los pueblos. Esta conviccion me induce á proponeros una cosa que espero aceptareis: tengo entendido que se ha firmado un tratado entre el gobierno y el ministro plenipotenciario de Francia, y que aquel no merece vuestra aprobacion.»

A este párrafo sigue otro en el que se pide un armisticio ilimitado con la condicion de darse aviso una y otra parte antes de romperse las hostilidades, y concluye la carta de este modo:

«Tengo el honor de rogaros que contesteis á la mayor brevedad posible, y os saludo fraternalmente.—Roselli.»

El general francés contestó en el acto lo siguiente:

«General: las órdenes de mi gobierno son terminantes, y por ellas se me previene que entre en Roma tan pronto como me sea posible..... Diferiré el ataque hasta el lunes por la mañana á mas tardar. Recibid, general, las seguridades de mi mas distinguida consideracion.—El general en jefe del cuerpo de ejército del Mediterráneo, Oudinot, duque de Reggio.»

Segun esta carta el ataque no debia comenzar hasta el 4 de junio.

He aquí ahora lo que escribia Garibaldi poco despues de haber ocurrido este hecho:

«Un general que se vá á dormir, segun dice el escritor Foland, confiando en la fé de un tratado, suele verse víctima de un engaño al despertar. A las tres de la madru-

existencia miserable; lo único que sentiré será bajar á la tumba sin haberme vengado de la infame traicion de esos villanos clérigos.

Dos destacamentos de gendarmes, uno á pié y otro á caballo,

gada comenzé á oir el estruendo de los cañonazos, observé que habia fuego por todas partes, y al momento procuré averiguar cuál era la causa de todo aquello. He aquí lo que habia sucedido: nuestros puestos avanzados se hallaban en la Villa Pamphili, y en la noche del 2 al 3 de junio, consiguió acercarse á dicho punto, merced á la oscuridad, una columna francesa. ¿Quién vive? gritó el centinela: *Italiá*, contestó una voz. Creyendo el soldado que eran compatriotas suyos los que venian, permitió que se acercaran, pero esto le costó la vida, pues á los pocos momentos cayó cosido á puñaladas, y entonces la columna penetró en Villa Pamphili, donde fueron muertos ó hechos prisioneros cuantos tuvieron la mala suerte de caer en poder de los invasores. Algunos ciudadanos saltaron por las ventanas de sus casas al jardin, y pudieron salvarse así; otros se retiraron al convento de San Pancracio gritando ¡á las armas! ¡á las armas! y no pocos huyeron en direccion á las Villas Valentini y Corsini, las cuales como la Villa Pamphili, fueron tomadas por sorpresa, aunque no sin encontrar alguna resistencia.

«Cuando llegué á la puerta de San Pancracio, solo podíamos contar como nuestras las Villas Pamphili, Corsini y Valentini, pero tomada la segunda, era ésta una gran pérdida para nosotros, porque mientras fuésemos dueño de ella, los franceses no podian abrir sus paralelas. Hacíase pues preciso á toda costa apoderarse de dicho punto; esto era para Roma una cuestion de vida ó muerte. Entretanto continuaba el fuego entre los artilleros de las murallas y los franceses de las Villas Corsini y Valentini, pero esto no conducia á nada; se necesitaba un asalto terrible para recobrar la primera, y este se dió, y la ciudad llegó á ser nuestra, mas aquellos momentos sublimes fueron de corta duracion! Los franceses llegaron con toda su reserva, y cayeron sobre nosotros antes de que yo pudiese reparar el desórden inseparable de toda victoria; la lucha volvió á comenzar cada vez mas obstinada, mas desesperada, mas sangrienta, y bien pronto ví pasar junto á mí, rechazados por el espantoso fuego del enemigo, los que poco antes lanzaban gritos de entusiasmo.

«No podia ya pensarse en salvar á Roma: desde el momento en que un ejército de 40.000 hombres, que cuenta con 36 piezas de artillería de sitio, puede hacer sin dificultad sus trabajos de aproche, la toma de una ciudad no es sino cuestion de tiempo; la única esperanza que queda es caer gloriosamente. Mientras nuestros cañones pudieron servir, no cesaron de hacer fuego, pero en la tarde del 29 quedó desmontada la última pieza.»

Garibaldi recibió órden de presentarse á la Asamblea y he aquí la historia de lo que sucedió:

«Mazzini habia anunciado ya que posicion ocupábamos, y dijo entre otras cosas que no quedaban sino tres partidos que tomar: capitular con los franceses; defender la ciudad de barricada en barricada ó abandonarla de una vez.

condujeron al formidable brigante desde Civita Vecchia á Roma; el gobierno hubiera preferido trasladarle de noche, pero se temió que la oscuridad facilitase su fuga, ó que á favor de ella intentasen libertarle algunos de sus antiguos compañeros, y por lo tanto se resolvió que Gaspar viajase de dia. La multitud se agolpó de tal modo en el camino para ver de cerca al célebre jefe, que difícilmente podia abrirse paso la gendarmeria. Al llegar á Roma, Gaspar fué introducido á presencia de su amigo el cardenal A... y del príncipe T... quienes con muy buenas palabras, y ofreciendo una magnífica recompensa, trataron de inducir al célebre brigante á que les ayudara á destruir la cuadrilla de *libertinos* que infestaba el bosque.

Regocijándose interiormente, al pensar que se le ofrecia una coyuntura para huir y vengarse de sus enemigos, Gaspar aparentó que aceptaba muy gustoso las proposiciones que se le hacian, asegurando que podria contarse con él.

«Cuando yo me presenté á la puerta de la Cámara, todos los diputados se levantaron y aplaudieron: yo miré á mi alrededor para ver cual era la causa de su entusiasmo, y entonces ví que mi traje estaba cubierto de sangre y acribillado á balazos. Todos los que estaban allí presentes gritaban, ¡á la tribuna! ¡á la tribuna! Yo subí acto continuo, y se me rogó con instancia que emitiera mi opinion sobre lo que debia hacerse.

«Toda defensa es imposible, repliqué yo, á menos que se resuelva convertir á Roma en otra Zaragoza. El dia 9 de febrero propuse que se adoptaran medidas para poner en pié de guerra 100.000 hombres, los cuales se hubieran encontrado seguramente, y si se me hubiera atendido, el águila romana estenderia aun sus alas sobre las torres del Capitolio; seguido de mis bravos, que saben morir y que han dado pruebas de su intrepidez, yo hubiera cambiado la faz de Italia, pero ya no hay remedio; el mal ya está hecho. Contemplemos ahora con mirada serena la destruccion de todo aquello que ya no nos pertenece; llevémonos de la ciudad á todos los voluntarios que quieran seguirnos; donde estemos nosotros estará Roma; yo no me comprometo á nada, pero todo lo que vuestros hombres hagan lo haré yo tambien; mientras nosotros vivamos no morirá nuestro país.»

Al terminarse la sesion se aprobó el siguiente acuerdo:

«La república romana en nombre de Dios y del pueblo: la Asamblea romana constituyente ha acordado no continuar una defensa que es imposible. El Triunvirato se encargará de la ejecucion del presente decreto.»